

PEDAGOGÍA Y EDUCACIÓN: UN SABER TEÓRICO Y UN EJERCICIO PRÁCTICO QUE FORMAN AL HUMANO

A THEORETICAL KNOWLEDGE AND A PRACTICAL EXERCISE THAT FORM
THE HUMAN

Alexander Oliveros Tapias

Maestría en Educación

Universidad Santiago de Cali

✉ alexander.oliveros01@usc.edu.co

© <https://orcid.org/0000-0002-3451-0012>

Cita este capítulo:

Oliveros Tapias, A. (2021). Pedagogía y educación: un saber teórico y un ejercicio práctico que forman al humano. En: Carillo Salazar, M. L. y Cuartas Montero, D. (Eds. científicas). *Perspectivas educativas: tiempos para pensar y resignificar* (pp. 225-248). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

PEDAGOGÍA Y EDUCACIÓN: UN SABER TEÓRICO Y UN EJERCICIO PRÁCTICO QUE FORMAN AL HUMANO

Alexander Oliveros Tapias

© <https://orcid.org/0000-0002-3451-0012>

Resumen:

El presente artículo de reflexión realizará una delimitación conceptual alrededor de la educación y la pedagogía, dos vocablos que generalmente se utilizan como términos equivalentes en los contextos profesoriales, lo que comporta, sin duda alguna, un error epistemológico que se debe prevenir urgentemente. Dicha distinción atravesará varios momentos. En primera instancia, se precisará la educación como un hecho social de naturaleza práctica con fines de homogenización, perfeccionamiento y formación del ser humano, siguiendo, respectivamente, los planteamientos de Emile Durkheim, Immanuel Kant y Lorenzo Luzuriaga. En segundo lugar, se abordará la pedagogía como un saber que ha estado a lo largo de la historia con el propósito de teorizar el acto educativo, bajo la contemplación de sus actores, relaciones, recursos, métodos, estrategias y modelos. En un tercer momento, se explicará la relación que ambas categorías establecen en la vida docente, por cuanto concurren en las maneras de pensar y hacer al sujeto que se forma dentro de un escenario escolar. Finalmente, a modo de conclusión, se subrayará la importancia de asumir la educación y la pedagogía como dominios distintos, pero compatibles en la intención de generar mejores realidades al interior de las escuelas latinoamericanas.

Palabras claves: educación, pedagogía, historicidad, teoría, práctica, formación.

Pedagogy and education: A theoretical knowledge and a practical exercise that form the human.

Abstract

This article for reflection will carry out a conceptual delimitation around education and pedagogy, two words that are generally used as equivalent terms in teaching contexts, which undoubtedly entails an epistemological error that must be urgently prevented. This distinction will go through several moments. In the first instance, education will be specified as a social fact of a practical nature for the purposes of homogenization, improvement and training on the human being, following, respectively, the approaches of Emile Durkheim, Immanuel Kant and Lorenzo Luzuriaga. Second, pedagogy will be approached as a knowledge that has been throughout history with the purpose of theorizing the educational act, under the contemplation of its actors, relationships, resources, methods, strategies and models. In a third moment, the relationship that both categories establish in the teaching life will be explained, since they concur in the ways of thinking and doing the subject that is formed within a school setting. Finally, by way of conclusion, the importance of assuming education and pedagogy as different domains, but compatible in the intention of generating better realities within Latin American schools, will be underlined.

Keywords: education, pedagogy, historicity, theory, practice, training.

Pedagogía y educación: Un saber teórico y un ejercicio práctico que forman al humano

Pensar la historia como posibilidad es reconocer también la educación como posibilidad. Es comprender que si bien la educación no lo puede todo, sí tiene potestad de algo. Una de nuestras tareas como educadores y educadoras, es descubrir lo que históricamente es posible hacer en el sentido de contribuir a la transformación del mundo que dé como resultado uno más humano, preparado para la materialización de la gran utopía: unidad en la diversidad.

Paulo Freire

El presente escrito, situado en el horizonte de la argumentación, adquiere pertinencia conceptual y relevancia metodológica para todos aquellos que procedemos de una formación universitaria edificada en discursos pedagógicos y prácticas educativas que le dieron apertura a la vida profesoral como forma de ejercicio profesional. A la luz de sus enfoques, métodos y doctrinas, el camino de las diversas licenciaturas nos condujo hacia el descubrimiento de retos y la asunción de luchas de tipo social, en el marco de una Latinoamérica convulsionada por incontables flagelos que irrumpen en los entornos escolares. En medio de esta circunstancia, que muchas veces anula las reflexiones profundas en nombre de las soluciones inmediatas, que demandan continuamente tanto los procesos de enseñanza como de aprendizaje, resulta valioso detenernos por un instante para precisar qué es la educación y qué es la pedagogía, con la finalidad de impregnarle mayor fuerza a las vocaciones y las esperanzas que acompañan la labor docente. Pero: ¿Por qué es necesario establecer esa diferenciación entre ambos

campos semánticos? Tal distinción se comporta decisiva en este preciso instante, toda vez que en el contexto académico y laboral, producto del desconocimiento, suele darle la utilización de ambos conceptos de manera equivalente, sin advertirse que cada vocablo en cuestión tiene un estatus epistemológico que lo caracteriza en las dimensiones de lo práctico y lo teórico.

Partiendo de esta situación problema, el siguiente ensayo, situado en la frontera de la aproximación, tendrá como propósito el esclarecimiento de los conceptos de educación y pedagogía a partir de un enfoque cualitativo que girará alrededor de la revisión de algunos autores y paradigmas, a fin de que los profesores de la actualidad podamos tener un antecedente bibliográfico para superar el recurrente obstáculo epistemológico que ya se delineó con anterioridad. Para consumir dicho objetivo, la reflexión se detendrá en unos momentos específicos. En primer lugar, definiremos qué es la educación, tomando en consideración algunos referentes históricos y autoridades académicas que contribuyen a la dilucidación de este hecho de naturaleza social que siempre tiene lugar al interior de un espacio y un tiempo en específico. En segundo momento, conceptualizaremos qué es la pedagogía, sobre la sucinta revisión de los sobresalientes pensadores y las antiquísimas tradiciones que le han ido otorgando forma y contenido a este campo de conocimiento a lo largo de la cronología. En tercera medida, subrayaremos la relación que efectivamente ocurre entre la educación y la pedagogía en la superficie del contexto colombiano, ubicándonos obligatoriamente en la perspectiva del docente que sabe reconocerse como actor y espectador de la realidad. Finalmente, a manera de conclusión, ahondaremos en la idea de que tanto la pedagogía como la educación son dimensiones convergentes que deben pensar y hacer al hombre en un momento determinado del devenir.

1. ¿Qué es la educación?

Para darle inauguración a esta disertación, corresponde situarnos en el precursor de la sociología en el albor de la contemporaneidad, Emile Durkheim, quien define la educación como: “La acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquellas nuevas generaciones que no han alcanzado todavía el grado de madurez necesario para la vida social” (1979, p. 5). En el margen de esta acepción, el pensador francés le confiere a la educación un valor enteramente social, dado que la concibe como un acto planificado y sistematizado que ejecutan los grupos experimentados sobre los grupos inexpertos, en función de unas autoridades reconocidas y obediencias establecidas que le permiten a los primeros instruir y formar a los segundos, con la finalidad de adaptarlos y amoldarlos a una vida en común. Desde luego, bajo esta circunstancia se debe decir que los sistemas educativos están configurados por las capas sociales. Es así, como por ejemplo, a lo largo de la historia, en la época medieval la educación del señor no es similar a la del siervo así como en la época moderna la educación del burgués no es idéntica a la del obrero. A pesar de que los tipos de educación resultan muy distintos entre los miembros de una colectividad humana, es obvio que ella contribuye a que la sociedad pueda mantener en el devenir los estatus y las clases que permiten fundar aquello que Foucault (2009) denomina relaciones de poder entre los dominantes y los dominados. Cada grupo adquiere, en esta vía, los conocimientos y las actitudes ineludibles para cumplir su rol concreto dentro de un espacio y tiempos delimitados.

En esta proporción, Durkheim agrega: “La sociedad no puede vivir más que si existe entre sus miembros una homogeneidad suficiente. La educación perpetúa y refuerza dicha homogeneidad inculcando por adelantado en la mente del niño las similitudes esenciales

que supone la vida colectiva” (1979, p. 46). En la superficie de esta afirmación, podemos interpretar que la educación adquiere un valor fundamental en la estructura y el funcionamiento de la sociedad, en razón de que las generaciones de los adultos imprimen sobre las mentes y las conductas de las generaciones de los jóvenes, un conjunto definido de valores y principios que le permiten a las nuevas descendencias entender cuál es su posición y papel dentro de ese sistema colectivo que les ha ido dando figura y movimiento dentro del tiempo. Precisamente, a partir de la educación, las autoridades políticas se respetan, las creaciones artísticas se admiran, los cultos religiosos se practican y los códigos morales se cumplen. Lejos de mirarse como productos espontáneos, la política, el arte, la religión y la moral, se mantienen y se actualizan en la sociedad, porque los jóvenes asumen el mundo dejado por los adultos como un legado que les confiere identidad al interior de su seno colectivo. La educación, por decirlo de alguna manera figurada, trae al presente la memoria del pasado, en virtud de aquellos que tienen en sus manos la responsabilidad histórica de enseñar e instruir.

Por su parte, Kant afirma: “El hombre es la única criatura que tiene que ser educada” (2009, p. 27). El filósofo alemán, valiéndose de esa tradición ilustrada que él mismo abanderó, advierte en la educación aquel proceso mediante el cual el individuo abandona la animalidad y adquiere la humanidad. Mientras que los animales se relacionan con su mundo exterior a partir de los instintos y las pulsiones que los determinan a comportamientos específicos dentro de sus ciclos naturales, el hombre encuentra en la educación el mecanismo para adquirir una serie habilidades y capacidades que lo movilizan hacia el perfeccionamiento de su ser. El animal siempre será animal, porque su naturaleza así se lo impone, pero el hombre podría ser cualquier realidad a través de la educación misma, según los medios y

finest que establezca dentro sus propósitos existenciales. El pensador alemán sostiene que, dentro de la educación, el hombre debe pensar por sí mismo, para lo cual debe ser disciplinado, ser cultivado, ser civilizado y ser moralizado. Disciplinado, en cuanto sus acciones deben evitar perjudicar a los demás miembros de su sociedad. Cultivado, en tanto debe apropiarse de aquellas prácticas culturales que van en proporción a sus aptitudes. Civilizado, en cuanto debe adquirir los modales y los principios que le posibiliten adaptarse a su medio social. Y moralizado, en tanto sus conductas deben alcanzar el equilibrio y la armonía entre el bien propio y el interés general.

De ahí que Kant sea incisivo al atribuirle a la educación ese valor trascendental en la realización de la persona: “El hombre sólo por la educación puede llegar a ser hombre” (2009, p. 31). La educación, apreciada desde esta sugestiva óptica, eleva al individuo de esa animalidad, rescata al sujeto de ese salvajismo, restituye al humano de esa ignorancia, para convertirlo en un ser de orden superior. Precisamente, el pensador alemán en su célebre texto *¿Qué es la Ilustración?* (2000), exhorta al hombre a atreverse a pensar por sí mismo, a abandonar esa minoría de edad de la cual él mismo es culpable por falta de decisión y valor para servirse de su propio entendimiento. De modo evidente, la Ilustración como ideal solamente se podría lograr a través de la educación como práctica, toda vez que la persona desarrollaría su inteligencia y ejercitaría su autonomía, dejando atrás los defectos que interrumpen el tránsito hacia ese estado de plenitud. En la doctrina kantiana se descubre, de manera instantánea, el diagrama mental de un intelectual que habita en una época de esperanza y optimismo, porque cree que la Ilustración y la educación, siendo compatibles y complementarias en este momento de la historia, justo cuando los espíritus reaccionarios se resisten a los dogmas de la Iglesia y las imposiciones de la Monarquía

, conducirán a la especie a un reino de perfeccionamiento y progreso. En sus propias palabras: “Esto nos abre la perspectiva hacia un futuro género humano más feliz” (2009, p.32).

Desde otra orilla, el pedagogo español Lorenzo Luzuriaga define la educación como: “La influencia intencional y sistemática sobre el ser juvenil con el propósito de formarlo y desarrollarlo (1982, p. 7)”. Con esta precisión, el autor deja entrever que la educación es un acto de naturaleza moral y un ejercicio de condición ordenada, a través del cual un grupo de autoridades o un conjunto de expertos aleccionan a los sujetos que no pueden instruirse y perfeccionarse por sí mismos, en correspondencia a la corta edad y la escasa experiencia que los domina. Dicho esto, “la educación ha existido desde que hay seres humanos sobre la tierra” (Luzuriaga, 1982, p. 7), lo que conduce a inferir que ella es un factor determinante en la supervivencia y el florecimiento de nuestra especie, presente tanto en esa persona que aprendió a cazar animales de manera rudimentaria en la época prehistórica, como en aquel individuo que aprendió a programar algoritmos de modo científico en el tiempo actual. La educación atraviesa así la vida de ese hombre que busca comprender su mundo y dominar la realidad, acumulando poco a poco, con el transcurso de la temporalidad, aquellos elementos e instrumentos que ayudan a engrandecerlo como ser individual y ser social. En efecto, el pasado va trayendo al presente esos artefactos, teorías, invenciones e imaginarios que le recuerdan al ser humano el camino que debe seguir en el devenir: “Y esta es también una de las funciones esenciales de la educación, hacer que la cultura siga viviendo a través de los siglos” (Luzuriaga, 1982, p. 7).

Basándose en una mirada historicista, Luzuriaga (1982) advierte a lo largo de los tiempos arcaicos hasta los tiempos actuales, diez

etapas educativas. Primera, la educación primitiva, propia de aquellos pueblos originarios que transmitieron de generación a generación las destrezas necesarias para sobrevivir, tales como la caza y la agricultura, actividades que marcaron el decisivo tránsito de la vida nómada a la vida sedentaria, lo que determinó de paso la supervivencia de toda la humanidad en adelante. Segunda, la educación oriental, relacionada con milenarias civilizaciones como China e India, las cuales estructuraron la sociedad a partir de la moralidad y la espiritualidad, donde la rectitud de la acción se erigió en el modelo de la conducta. Tercera, la educación clásica, justo cuando Grecia y Roma alcanzaron su esplendor occidental con las enseñanzas humanas y las lecciones cívicas, a través de novedosos sistemas basados en el desarrollo de la filosofía, la política, la democracia y el derecho. Cuarta, la educación medieval, que fundamentó sus lecciones a partir de la evangelización cristiana, mediante el adoctrinamiento de la Biblia, considerada como el texto sagrado que compendia la fuente suprema del verdadero conocimiento. Quinta, la educación renacentista, aquella que revivió la cultura clásica con el auge de las artes, las ciencias y las humanidades, al colocar al hombre en el centro del universo a partir del ideal antropocentrista.

Sexta, la educación cristiana reformada enseñó una inusitada forma de vivir la confesión religiosa a partir del protestantismo preconizado por Lutero y Calvino, al abandonarse viejas prácticas y adoptarse rituales íntimos en la profesión de la fe. Séptima, la educación realista, inspirada en las revolucionarias teorías de Galileo, Copérnico y Newton, tomó la experimentación sensible como el método excepcional para conocer, a través de leyes con la capacidad de develar los misterios de la naturaleza circundante y el universo infinito. Octavo, la educación racionalista y naturalista,

sustentada en los ideales ilustrados, defendió los principios de libertad y la autonomía como las facultades sobresalientes para conocer y transformar la realidad actual en un mejor mundo. Noveno, la educación nacional, floreciente con amplitud a lo largo del siglo XIX, cuando el Estado intervino directamente en la educación al declararla un servicio gratuito y un derecho universal para todos los miembros de la comunidad, para empezar a promover los sentimientos patrióticos al interior de las escuelas públicas que empezaban a inaugurarse. Y en décimo término, la escuela democrática, que surgió a partir del siglo XX, en el seno de gobiernos republicanos que exaltaron el desarrollo del individuo bajo la influencia de la doctrina liberal y la economía capitalista.

2. ¿Qué es la pedagogía?

Antes de responder esta crucial pregunta dentro de la presente indagación, es preciso indicar que la educación, por tratarse de una serie de experiencias, procedimientos y costumbres enmarcados al interior de un grupo humano y una época determinada, puede considerarse de inmediato un hecho social. Este valor se puede constatar de inmediato, porque aun cuando esas prácticas, procedimientos y costumbres señalados con anterioridad, sean distintos en las colectividades y etapas, presentan una característica definida, una naturaleza inamovible, verificable desde una perspectiva categórica. Al respecto, Durkheim señala: “Todas las prácticas educacionales, cualesquiera que sean las diferencias existentes entre ellas, poseen en común un carácter esencial: resultan todas ellas de la acción ejercida por una generación sobre la siguiente con vistas a adaptar a esta última al medio social en el cual está destinada a vivir” (1979, p. 26). Por ejemplo, podría mencionarse

en este caso, que así como la educación de los clérigos en la edad media tenía como propósito preparar a esta clase para convivir por medio de la castidad dentro de una confesión cristiana, la educación de los burgueses en la edad moderna tenía como finalidad adiestrar a este grupo para dominar por medio de la competencia dentro de un sistema capitalista. En consecuencia, por más diferentes que sean las circunstancias y los actores que la circundan, la educación siempre tendrá como teleología formar a las asociaciones humanas para que se adapten a su espacio y tiempo propios. De ahí que la educación como hecho social, se convierta en un dato incontrovertible.

Por su valor intrínseco de hecho social, la educación puede estudiarse bajo la lógica y el rigor de un saber científico, que en este caso será la pedagogía. De ahí que el sociólogo francés (1979) defina la pedagogía como el conjunto de teorías y formas de concebir la educación. Visto así, el pedagogo se levanta por encima de la educación, no como el hombre que hace la educación sino como el sujeto que piensa la educación. Por decirlo de manera figurada, vendría comportándose como el protagonista de *El caminante sobre el mar de nubes* (Friedrich, 1818), en cuanto ha alcanzado una posición privilegiada, desde una montaña elevada, desde una óptica aislada, para observar la realidad que compromete a su espíritu, teniendo al frente un infinito paisaje, nada más y nada menos que el mundo educativo, ese que lo apasiona con la mirada que examina y la reflexión que escruta sus rincones, planos y dimensiones. Por esta razón, “el papel del pedagogo no es sustituir a la práctica, sino en guiarla, en ilustrarla, en ayudarla, en caso necesario, a colmar las lagunas que pueden producirse en ella” (Durkheim, 1979, p. 31). Ciertamente, mirar la educación desde una cima, le confiere al pedagogo una perspectiva global de este hecho social, en sus actores, en sus recursos, en sus estrategias, en sus circunstancias, lo que le permite orientarla en

sus momentos de normalidad y corregirla en sus fases de crisis. Y así como una sinfonía precisa de un director con la aguda capacidad de contemplar la música como un universo de melodías, armonías y ritmos, la educación requiere de mentes capaces de teorizarla y concebirla para el mejoramiento de su finalidad social.

Ahora bien, más allá de concebirse como el sujeto que tiene la potestad de teorizar el acto de la educación, el pedagogo además debe alimentar su visión integradora a partir de una mirada histórica. Como sostiene Durkheim: “La misión del pedagogo no es la de construir partiendo de la nada un sistema de enseñanza, como si no existiese ninguno antes de su aparición. Todo sistema educacional es un producto de la historia” (1979, p. 31). Vista así, la educación de hoy no apareció por generación espontánea, no emergió por mera accidentalidad, obedece a una línea temporal que la conecta a un pasado y la revitaliza en un presente. Detrás de ella confluyen una serie de tradiciones, costumbres y herencias que le dan apariencia y dinámica. Para colocar un ejemplo, el sistema educacional del capitalismo que hoy forma a las generaciones sobre la base de un currículo riguroso que pretende insertarlos a un mercado laboral, proviene de una sociedad industrial que planificó la producción y operatividad a partir de una división de clases con roles y funciones muy definidas. En ese orden de ideas, el pedagogo, haciendo reflexión en la superficie de un tiempo actual, necesita ser capaz de desarrollar la retrospectión y el examen histórico, con la determinación de identificar y comprender los actores y las fuerzas originarias que han dado lugar a su objeto de estudio. No hacerlo, sería un gravísimo desacierto a nivel epistemológico, puesto que su dictamen, diagnóstico o propuesta a nivel educativo estaría en el péndulo que oscila entre el error y el prejuicio.

Así como la educación ha tenido una existencia desde la aparición misma de la humanidad, la pedagogía se puede ubicar a lo largo de las épocas antigua, medieval moderna y contemporánea. Veamos a grandes rasgos cada una de ellas. En la antigüedad, la pedagogía nació con la *paideia* (Platón, 2019), aquella educación circunscrita a una polis que tenía como aspiración la conquista del bien general. En medio de una nascente democracia que privilegia el uso de la palabra y la presencia de la deliberación como formas altísimas para construir el pensamiento en las ágoras griegas, aparecen figuras como Sócrates, Platón y Aristóteles, filósofos comprometidos en esa comprensión de lo humano, a partir de teorías que estructuran en adelante la cultura occidental. Respectivamente, dejaron como métodos de investigación la mayéutica, la dialéctica y la lógica. Cada uno de estos personajes le asigna una tarea imprescindible a la educación. Para Sócrates, será el desarrollo de la virtud. Para Platón, será la realización de la justicia. Para Aristóteles, será la búsqueda de la felicidad (Cruz, 2006). En consecuencia, todo ciudadano debe cultivar esa virtud, practicar esa justicia y consumir esa felicidad, entendiendo que su acción individual –en lo que respecta a la ética– guarda una relación directa con el bienestar colectivo –en lo que corresponde a la política–, porque desde ninguna perspectiva el hombre privado se puede desligar del hombre público.

En el medioevo, la educación pasa a ser controlada enteramente por el cristianismo, a manos de los monjes, sacerdotes y obispos, al interior de los conventos y los monasterios, lugares convertidos en epicentros de la vida religiosa. Sobresalen personajes como San Clemente, San Basilio, San Jerónimo, San Agustín, San Anselmo, San Alberto y Santo Tomás, quienes efectúan el sincretismo o la reconciliación entre los postulados de la razón y los presupuestos de la fe, para darle robustez a una Iglesia Católica que empieza a

extender también su influencia en amplias esferas de lo civil, lo político y lo cultural. Como rasgo distintivo, la ciencia y la libertad quedan relegadas en este momento de la historia, en la medida en que el acto de educar consistirá estrictamente en la conducción del espíritu (sustancia buena que comunica al humano con lo divino) a partir de la represión del cuerpo (fuente maligna que separa el humano de la Providencia), en procura de que el hombre pueda alcanzar la salvación o la bienaventuranza en el reino celestial. Dicha guía y dirección se hacen a partir de la lectura, la aceptación y la devoción de las Sagradas Escrituras, consideras la fuente absoluta de conocimiento para regir la vida en términos de pensamiento y acción (Quiceno, 2018). La oración y la confesión serán actividades fundamentales en este aleccionar del alma.

En la modernidad, surge una nueva era de esplendor gracias al Renacimiento, como movimiento humanista, artístico, científico y cultural que inaugurará el antropocentrismo. El siglo XVII sirve de escenario a varios pensadores. Bacon, en representación del empirismo, realza la experiencia como la facultad necesaria para conocer y dominar la naturaleza (Cruz, 2006). Descartes, fundador del racionalismo, funda la duda metódica y el análisis deductivo como modos de llegar al conocimiento seguro y estable (Cruz, 2006). Comenio, el reformador social, designa la escuela un taller de humanidad, donde las personas se forman en cuatro periodos: la infancia, correspondiente a la instrucción maternal; la puericia, concerniente a la escuela primaria; la adolescencia, relativa a la preparación preuniversitaria; y la juventud, respectiva a la educación superior (Luzuriaga, 1982). Locke, abanderado de la doctrina liberal, plantea instruir a los humanos sobre las bases de la moralidad y la tolerancia, a fin de que cada cual pueda expresar su individualidad y alcanzar su bienestar (Cruz, 2006). El siglo XVIII sirve de apertura

a otras mentes. Rousseau, representante de la Ilustración, propone que la educación comience en el niño y termine en el ciudadano, a partir de un ambiente de curiosidad y libertad que fortalezcan su espíritu social (Noguera, 2012). Kant, el filósofo idealista, establece que la educación es el proceso que lleva al hombre a convertirse en un hombre, por medio de la disciplina, la inteligencia y la moralidad (Luzuriaga, 1982). Y Pestalozzi, el genio creador de la escuela popular, sostiene que la educación tiene como finalidad el perfeccionamiento de las capacidades humanas en el plano intelectual, moral y técnico, a través del aprendizaje integral (Luzuriaga, 1982).

La contemporaneidad es heredera de la Revolución Francesa, suceso que deja las bases de la vida republicana y el imaginario liberal. El siglo XIX es la apertura de figuras sobresalientes del pensamiento alemán. Fichte, en representación del activismo, admite que la educación, bajo la dirección del Estado, debe trabajar menos en el conocimiento y concentrarse más en la voluntad del individuo (Luzuriaga, 1982). Hegel, desde la corriente idealista, sostiene que la intencionalidad de la educación es espiritualizar al hombre, en esa forma subjetiva, a través de la meditación, la conciencia y la reflexión; en esa forma objetiva, por medio de la política, el derecho y la moral; y en esa forma absoluta, a partir de la religión, el arte y la filosofía (Chávez, 2004). Goethe, el más grande de los escritores de la lengua alemana, señala que la labor de la educación tiene que ser la formación de la personalidad, en su alternativa más amplia y rica posible, tomando la vida como la fuente de los aprendizajes (Luzuriaga, 1982). El siglo XX, a nivel pedagógico, transcurre en el marco de lo que Noguera nombra “la mundialización de la educación” (2012, p. 208). Pues bien, en vista de que el panorama internacional se encuentra dominado por la globalización y la industrialización, los proyectos educativos involucran de manera multilateral a innumerables naciones. En esta

vía, el currículo, entendido como la prescripción de enseñanza sobre el marco de un plan de estudio, empieza a integrar a los distintos países sobre el propósito común de formar a las nuevas generaciones en el desarrollo de competencias que obedezcan a las exigencias y las necesidades del mercado neoliberal.

3. Relación de la educación y la pedagogía con la práctica

Hasta ahora, de la educación se puede decir que se manifiesta como la práctica que comunica a las generaciones pasadas con las generaciones actuales, o bien, en el vehículo que entrelaza a esas voces expertas con estos espíritus ávidos, cuya finalidad por antonomasia es mantener la estructura de la sociedad. Educarse significa, en este sentido, adentrarse al universo de los lenguajes compartidos, las morales consensuadas, las leyes heredadas, permitiéndole al individuo adquirir la transición entre lo pretérito y lo presente, habitando mundos medianamente dibujados y dimensiones relativamente definidas, lo que se traduce en un sentido existencial. En el paisaje de la educación, el hombre rebasa la animalidad, domina lo instintivo, al construir significados posibles y representaciones loables, en fidedigna proyección de esa libertad que lo inspira y esa inteligencia que lo perfecciona, cuando, por ejemplo, camina por el sendero de la ciencia que se atreve a predecir los más impresionantes fenómenos o el arte que se aventura a originar las más sublimes expresiones. Sin la fortuna de la educación, el primate superior jamás habría abandonado el frondoso árbol que lo protegía del peligroso entorno, apenas miraría con asombro los colores y las formas de la naturaleza, sin aprender a provocar los avivados fuegos en tiempos de invierno y sin saber propulsar los transbordadores espaciales en épocas de progreso. Sin duda, la educación hace al hombre.

Hasta aquí, sobre la pedagogía se puede afirmar que se constituye en la representación mental acerca del hombre que se quiere educar. Ella, siempre polisémica, unas veces denominada arte, otras veces llamada ciencia, algunas veces designada disciplina, imagina la figura humana en sus facciones más perfectas y sus contenidos más excelsos, proporcionando arquetipos que descienden a ese liceo, a esa academia, a ese convento, a esa escuela, a esa universidad, a esa vida, para robustecer e inspirar la práctica magisterial. La pedagogía, en la cultura clásica, vislumbra a ese ciudadano virtuoso en la mayéutica, justo en la política y feliz en la ética, logrando el equilibrio entre los designios individuales y los propósitos comunes. La pedagogía, en la cultura medieval, concibe a un devoto que libra una monumental lucha entre su alma y su cuerpo, a fin de retornar a ese paradisiaco lugar del que alguna vez fue expulsado en nombre los primeros pobladores del jardín. La pedagogía, en la cultura moderna, plasma la silueta de un individuo que se levanta de la oscuridad, para develar el secreto de la naturaleza con la confianza que brinda la experiencia, con la certeza que produce la duda, con la infinitud que despierta la libertad, con la esperanza que suscita el perfeccionamiento. La pedagogía, en la cultura contemporánea, cuando las repúblicas emergen y los derechos reclaman al calor de las revolucionarias voces, esculpe al sujeto que exalta su nacionalidad, cultiva su espíritu y forja su personalidad. La pedagogía, en la cultura globalizada, cuando la mundialización se instaure como la regla, diseña el rostro de un humano, cosmopolita por esencia, competitivo por necesidad, que disfruta tanto las carreras como las metas. Por supuesto, la pedagogía piensa al hombre.

Ahora bien, sobre este importante panorama, sabemos que el camino ha quedado abierto para proponer una relación entre la educación y la pedagogía. Lo que en un principio pudo parecer complejo,

en este momento resulta plausible si nos arriesgamos a vincular estos dos conceptos al interior del ejercicio educativo, asumiendo que los profesores, por naturaleza, somos sujetos históricos con la capacidad de comportarnos como actores y espectadores de la realidad. En esa travesía, descubrimos, bajo la óptica del dualismo, a un ser académico que piensa la educación en la superficie de unos ideales y un agente profesional que hace la educación en la llanura de unos propósitos. En primer lugar, como seres académicos, en virtud de la formación recibida, teorizamos la educación como una adecuación para la vida, desde un plano vitalista, a su vez que concebimos la educación como una preparación para la muerte, desde una dimensión existencial. La fuerza de la vida y la conciencia de la muerte, vistas de manera simultánea, obligan al hombre a educarse, sirviéndose de lo suficiente para afrontar esa marcha en el devenir, sabiendo que él mismo tendrá que atribuirle significados a sus proyectos y sentidos a sus realizaciones, a partir del abanico de posibilidades que le muestra su alrededor. Por la educación, el humano regula el instinto y reduce la ignorancia, esas temibles fuerzas que precisamente podrían colocar en peligro su ser y su lugar en el mundo.

En segundo lugar, como agentes profesionales, asumimos que nuestro quehacer diario se encuentra anclado en la confianza de que las acciones emprendidas al interior de los entornos escolares tendrán como faro la emancipación de los sujetos educables, a través de la promoción de habilidades superiores de pensamiento como la curiosidad, la duda, el análisis, el cuestionamiento, la indagación, la contrastación, comprendiendo que Latinoamérica necesita un viraje decisivo por la lastrada deuda que ha mantenido sobre la población vulnerable. Sabemos, por profunda conciencia, que esta tarea de prestar un servicio regulado por el gobierno y observado

por la sociedad (Constitución Política, 1991), debe encontrar su punto de equilibrio en medio de la constante regulación. A nivel micro, por una escuela que evalúa nuestros desempeños sobre gestiones que pasan por lo académico, lo administrativo y lo comunitario, evidentes, respectivamente, en el dominio de los conocimientos, la utilización de los recursos y la asertividad de las interacciones. A nivel macro, por un ministerio que orienta el ejercicio profesoral con el establecimiento de unos estándares, lineamientos, competencias y desempeños que, vistos en términos generales, definen los procesos y las metas que debemos alcanzar en el aula. He aquí, a grandes rasgos, las inmediatas relaciones que surgen entre la educación y la pedagogía desde la mirada de aquellos que miramos y protagonizamos los procesos de enseñanza y aprendizaje en la actualidad.

4. Consideración final

Para darle culminación a este ensayo, cabe señalar que la actividad docente en nuestro contexto latinoamericano nos distancia de la formación pedagógica y nos alista para la práctica educativa a partir de la apropiación de un currículo que funciona como “dispositivo para escolarizar y encerrar contenidos que lleven a obedecer la ley y la norma” (Quiceno, 2019, p. 5). Los profesionales de la docencia, generalmente, nos movemos en el mercado laboral como ofertantes de contenidos, dispuestos a seguir los planes de enseñanza que instruyan a los estudiantes en determinados ciclos, niveles, programas, modalidades, carreras, cursos y facultades. Por imposición del sistema económico, hemos abandonado los conocimientos generales por los conocimientos específicos, colocándolos al servicio de nuevas generaciones que necesitan insertarse con urgencia a las dinámicas

del mundo laboral, ajustado ahora a criterios de calidad y modelos de eficiencia que miden las funciones al interior de las organizaciones. El docente, sumergido en este torrencial océano, por fuerza de un orden mundial que configura a la sociedad sobre paradigmas de utilidad, ha olvidado su mismo ser, ha desdeñado su propia vocación, dado que se ha convertido en un instrumento para disciplinar e instruir masas sobre los intereses de quienes gobiernan el globo terráqueo. Pese a que se traduce en un reto sumamente complejo, hoy más que nunca se debe hacer un alto intelectual en medio de este frenético sistema, para pensar más y hacer mejor al hombre del presente, pues como diría Durkheim, “un educador sin pedagogía vendría siendo un cuerpo sin alma” (1979, p. 54).

La escuela colombiana, tal como la describe Humberto Quiceno (2019), es un mosaico que a nivel educacional tiene instrucción, disciplina, evaluación, enseñanza y aprendizaje, y a nivel pedagógico presenta formación, autonomía, reflexión, crítica y análisis, sin olvidar los actores que podrían confluir allí, maestros, instructores, docentes, profesores y orientadores. No hay mejor manera para ilustrar el escenario sobre el que deben concurrir hoy más que nunca la educación y la pedagogía en nuestro país, porque si la pedagogía piensa al hombre desde las teorías y la educación hace al hombre desde las prácticas, ambas estarán llamadas a coincidir al interior de la ambivalente escuela, ese lugar silenciado por el miedo que suscita la autoridad, ese lugar convulsionado por la injusticia que propugna la sociedad, o también, ese lugar sensibilizado por el discurso que declara un sensato, ese lugar esperanzado por el proyecto que vislumbra un visionario. Desde la premisa del deber ser (Kant, 2018), la escuela, indefectiblemente, está llamada a posicionarse como el ambiente natural que permite pensar y posibilita hacer al hombre que necesita la sociedad y al ciudadano que reclama el mundo.

Aunque muchas veces nos olvidamos de pensar lo uno y hacer lo otro, por la celeridad de la vida moderna, por la rutina del ejercicio profesional, por la angustia de la fragmentación social, corresponde detenernos por un momento, a pensar primero y hacer después a ese humano que se halla impulsado a romper esas lastradas cadenas que lo han dominado y desfigurado, para aventurarlo y exhortarlo, sin detención alguna, hacia la construcción de exuberantes realidades que dignifiquen y enaltezcan su vida.

Finalmente, todo este debate entre lo que es la educación y lo que es la pedagogía, debe circunscribirse al aula, un escenario que por historia nacional se ha movido pendularmente entre el abandono del poder estatal y la esperanza del espíritu estudiantil. Estamos llamados, sin aplazamiento alguno, a ajustar las teorías y mejorar las prácticas de acuerdo con el valioso recorrido cronológico que hemos emprendido a la luz del presente examen. Indudablemente, a manera de legado, cada época puede contribuir en este noble designio. De los antiguos, entendemos que formar sobre el horizonte de la democracia que dialoga alrededor de la virtud, la justicia y la felicidad, se traduce en una apuesta loable para transmutar las acciones egoístas en intereses generales. De los medievales, confiar en que somos una corporeidad movida por una espiritualidad, nos posibilita aspirar hacia la trascendencia, en el franco signo de que podemos abandonar lo trivial para dirigirnos a lo excelso. De los modernos, sabemos que la tierra ya no es el centro y que lo divino ya no es lo primordial, por lo tanto, el universo y el humano demandan ser comprendidos bajo el imperio de la razón, esa que debe guiarnos en el perfeccionamiento de la especie. De los contemporáneos, aplaudimos la libertad y abrazamos la república como triunfos imposibles de abandonar, lo que puede ayudarnos a trazar ideales de progreso y fraternidad para todos los individuos, sin distinción

alguna. Así pues, quedamos ad portas de pensar y hacer al humano que clama nuestro tiempo.

Referencias bibliográficas

- Chávez, P. (2004). *Historia de las doctrinas filosóficas*. México: Pearson Educación.
- Constitución Política de Colombia. (1991). Bogotá.
- Cruz, G. L. (2006). *Historia de la filosofía*. Buenos Aires: Santillana.
- Durkheim, E. (1979). *Educación y sociología*. Barcelona: Península.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (2012). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Grupo editorial Siglo XXI.
- Freire, P. (2013). *Política y educación*. Madrid: Grupo editorial Siglo XXI.
- Friedrich, C. (1818). *El caminante sobre el mar de nubes*.
- Kant, I. (2000). *Filosofía de la historia*. Madrid: Fondo de la Cultura Económica.
- Kant, I. (2009). *Sobre pedagogía*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Kant, I. (2018). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Barcelona: Austral.
- Luzuriaga, L. (1982). *Historia de la educación y la pedagogía*. Buenos Aires: Losada.
- Noguera, C. (2012). *El gobierno pedagógico*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Platón. (2019). *La República*. Bogotá: Editorial Panamericana.
- Quiceno, H. (2018). *Epistemología de la pedagogía*. Cali: Educación y pedagogía.